

MERCEDES NAVARRO PUERTO: *Mitos bíblicos patriarcales. Estudio crítico feminista*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2021, 196 páginas. ISBN: 978-84-376-4412-7.

Mercedes Navarro cuenta con una brillante y extensa trayectoria docente e investigadora en el área de los estudios bíblicos teológicos. En ellos aplica siempre una rigurosa impronta filológica y una perspectiva de género que atrapan la atención de quien lee, sea cristiano, ateo o simplemente religioso o interesado en nuestra historia cultural. El presente libro es un buen ejemplo de todo ello. En él la autora analiza tres mitos bíblicos: el mito de Eva, el de Moisés, protagonista masculino del *Éxodo*, y el mito del paso del Mar de las Cañas más conocido como Mar Rojo.

El primer capítulo da cuenta de los primeros binomios diferenciadores en la creación bíblica de Adán y Eva. El escrito bíblico propone un primer término hebreo de «barro» indiferenciado, *adam*, que equivaldría a «tierra», palabra que representaría la fusión de los arquetipos jungianos *anima/animus*, puesto que incluye los aspectos femeninos y masculinos de la personalidad. Dicha fusión podría afirmarse como el primer y más remoto arquetipo bíblico, desdoblado siglos más tarde por Jung en la conciencia de que ambos, de manera simultánea, pertenecen y se integran en la personalidad del individuo, varón o mujer.

A continuación, explica la autora, el texto propone dos términos distintos (y distintivos), cuya traducción correspondería a las palabras «macho» y «hembra», que, en ningún caso, filológicamente hablando, equivaldrían a «hombre» y «mujer», como acaece en la mayoría de las traducciones influidas de manera determinante por antiguos prejuicios patriarcales. Esto es así porque dichas palabras, «macho» y «hembra», derivan claramente del primer término, de «tierra», de modo que en su representación existen igualdad y diferencia, pero no implican en absoluto jerarquía y tampoco de su yuxtaposición puede en absoluto deducirse complementariedad.

Así pues, esta primera amalgama, *adam* (la autora propone «terricola» como posible traducción libre), es una forma primitiva e indiferenciada, lejos aún del hombre llamado Adán. El texto, por tanto, afirma los conceptos de sexo, pero inmediatamente añade dos palabras nuevas que, por el contexto narrativo, familiar y social, indicarían el género. Sexo y

género aparecerían diferenciados desde el principio del *Génesis*, pues el texto bíblico continúa hablando de «padre», «madre», etc. (arquetipos antiguos también) y de la creación de un entorno en el que igualmente se diferenciarían los roles: «Ya no son sólo macho y hembra sino varón y mujer» (pág. 26). A las diferencias sexuales se le añaden, así, las diferencias propias del desarrollo de una determinada cultura: el concepto de «género».

Navarro se refiere también, por ejemplo, a la manoseada fábula o invención de la «costilla de Adán», traducción también arbitraria, pues la conocida reflexión divina ante la indefensión y el desamparo de Adán («voy a ayudarle para que no esté solo») en modo alguno indica complementariedad, sino necesidad para la propia vida, condición indispensable para su supervivencia, «no es una carencia banal, sino vital» (pág. 27).

Al tratar sobre la historia de la serpiente y el fruto del árbol prohibido, la autora lleva a término un pormenorizado análisis lingüístico de los verbos que aparecen en la narración y en el diálogo de Dios con Adán y Eva. La decisión de Eva es, en definitiva, una decisión valiente que busca el conocimiento, en sentido amplio: una decisión por la libertad y por la responsabilidad. El ser humano ha desarrollado su pensamiento por un primer impulso de curiosidad (motivo histórico de acusación y prohibición para con las mujeres) que conduce a la investigación y a la reflexión. Eva es el agente activo, frente a la pasividad o al miedo de Adán y, por ello, históricamente su recepción ha sido negativa e incriminadora (la de Pablo de Tarso, por ejemplo, o la de los padres de la Iglesia). Por el contrario, en una lectura atenta y desprejuiciada, la figura de Eva debería ser y haber sido siempre ejemplo y paradigma del deseo de saber y de conocer.

De igual modo habría que interpretar también el diálogo de Dios con los dos protagonistas por separado. En ningún caso se advierte dependencia, sino singularidad y capacidad personal: «Las preguntas al varón son diferentes, menos directas, aunque no por eso deja de considerar al varón responsable. Pero, de todas formas, el mito hace recaer los rasgos definitorios de lo humano sobre la mujer, más incluso que sobre el varón» (pág. 43). De igual modo señala Navarro que la «maldición» de Dios, «buscarás con ardor a tu marido que te dominará» (*Vulgata*) o «hacia tu

marido irá tu apetencia y él te dominará» (*Biblia de Jerusalén*) o «y él se enseñoreará de ti» (Reina-Varela, conocida también como *Biblia del oso*), está manipulada por una sesgada traducción, propia de la tradición patriarcal, pues de los tres posibles significados del verbo, se elige la variante «dominará», cuando perfectamente se podría (o se debería) haber elegido, en coherente consonancia con el contexto dialógico, su significado de «ser igual» o «ser como».

El segundo mito analizado por la autora está relacionado con Moisés, el personaje central del *Éxodo*. Todo lo referente a su nacimiento y a su «falso» abandono prefigura el arquetipo del héroe: el niño abandonado llamado a gestas decisivas, líder, futuro conductor de su pueblo a la tierra prometida. La autora hace notar que el destino del niño obedece a un planteamiento estudiado y llevado a cabo por dos mujeres, la madre y la hermana de Moisés, y de qué manera una tercera mujer será decisiva en la ejecución del plan de las dos primeras. Tendida la trampa, el niño es abandonado en un remanso sin corrientes y vigilado por la hermana desde su escondite, la hija del faraón, que, sin darse cuenta, se convierte en cómplice del ardid. La autora sostiene que son estas tres mujeres quienes se enfrentan a la autoridad del faraón, en un acto muy significativo de desobediencia civil, trascendental a la postre, pues la princesa se convierte en coprotagonista del devenir del pueblo judío. Todo el entramado, señala Mercedes Navarro, se convierte en un gran juego de ironías, pues el río se transforma de lugar de muerte a lugar de salvación; el futuro líder tendrá la mejor de las educaciones en la casa de sus enemigos; y toda la historia está escrita por mujeres cuyas acciones y movimientos, por ser mujeres, ni siquiera se toman en consideración.

Es precisamente la conducción narrativa de esta trama la que supondrá y la que, en definitiva, pondrá de relieve el cambio de actitud de Moisés. Mientras su primera intervención como actor directo es violenta, pues mata al egipcio que azotaba al esclavo hebreo, es decir, mientras que en esta primera acción prevalece en él una actitud violentamente masculina, en el segundo conflicto, junto a su deseo de intermediación, se decanta por el diálogo y por una solución que cuestiona el uso de la violencia y prefigura su destino de líder. Su intervención demuestra además el conflicto de su identidad (¿es egipcio o es hebreo?), conflicto que parece decantarse ya, especularmente, por la actitud de las mujeres de su pueblo, su madre y su hermana. Frente a la posibilidad de la fuerza y la

violencia, Moisés prefiere una solución «femenina»: el diálogo, el intercambio, y la argucia, si llegara el caso. Su huida, finalmente, tiene en la narración un sentido real y alegórico, pues experimenta en primera persona la maldición de su pueblo: «Pero la huida de Moisés al desierto le lleva a experimentar en sí mismo lo que experimentará más adelante el mismo Israel. Moisés sigue viviendo en sí mismo lo que luego tendrá que experimentar su pueblo» (pág. 93).

En este segundo capítulo la autora traza también un recorrido de indudable eficacia hermenéutica por los distintos atributos de la personalidad de Moisés: la elección de Dios, la importancia de la palabra desvelada, su enigma interior, la revelación del nombre de Yahvé («yo soy el que soy»), su paulatina identificación con el arquetipo del héroe, su mitificación, la simbología de las aguas y del doble y del redoblamiento: «Además de las dualidades y oposiciones, constatamos la presencia del redoblamiento de Moisés que es el libertador liberado [...] Es un héroe activo y pasivo, masculino y femenino, con la posibilidad de explorar en él paradojas que lo sacan de la dualidad [...] es activamente pasivo y pasivamente activo, así como femeninamente masculino y masculinamente femenino» (pág. 115).

En el tercer y último capítulo la autora relata y analiza la historia del paso del Mar Rojo. Como explica Navarro, en esta narración se condensan *arquetipos de dimensión cósmica* (el sentido propio del arquetipo), como la oposición del día y la noche, del agua y de la tierra, de la vida y de la muerte, de los puntos cardinales, etc. El lector o lectora suele anclarse a si la separación de las aguas es verdadera o inventada, algo a lo que la autora no concede demasiada importancia, dado, como se ha ido viendo, el carácter mítico que impregna todo el relato. Sí es más incisiva en lo que concierne al cambio de postura del faraón, a la conocida frase «y dios endureció su corazón», con lo que Dios sería también culpable de la persecución a los hebreos. En el credo hebreo, explica Navarro, absolutamente todo depende de los designios de Yahvé, incluidas, como sabemos, las peores desgracias que pudieran acaecer. Al fin, todo se revela como una estratagema del propio Dios, pues su decisión de endurecer el corazón del faraón conduce al desastre y a la muerte al ejército egipcio.

Más significativo, desde la óptica crítica feminista, es la fiesta final de Mariam, hermana de Aarón, que, salvado el mar Rojo y recuperada la

libertad, dirige el coro de cantos y danzas de las mujeres. Se cierra así un ciclo que se había abierto con la desobediencia civil de la madre y de la hermana y concluye con la celebración de las mujeres, protagonistas indiscutibles, junto a Moisés, de toda la narración del *Éxodo*.

En definitiva, *Mitos bíblicos patriarcales* es un libro de excelente factura filológica y hermenéutica. Junto a la coherencia de su propósito y desarrollo, la propuesta de Navarro encuentra, más allá de su implicación teológica, múltiples claves de interpretación dentro del ámbito de la antropología y de la sociología. Una clarividente propuesta que se coloca en uno de los mayores debates que permean nuestra sociedad: «El cambio en la manera de ver el mundo es lento y se encuentra con numerosas resistencias [...]. La ignorancia, como bien saben todas las olas feministas, siempre beneficia al patriarcado, de modo que el conocimiento y la información siguen siendo instrumentos básicos de avance hacia la igualdad y el bienestar de la humanidad, particularmente, de las mujeres» (págs. 185-186).

Cora Lorena REQUENA HIDALGO
Universidad Complutense de Madrid
crequena@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0002-3839-7344>